

tende mostrarnos una vocación truncada, falseada. Apunta los rasgos del estilista; más intelectual que lírico, más gráfico que musical, más visual que auditivo. Ortega pertenecía —nadie puede arrebatarse este rango— a la aristocracia. Y a España, por fortuna, no le ha faltado en general la aristocracia.

Las quejas de todos los grandes de España en la orden del espíritu, con relación a su tiempo, es prueba de amor fiel y de salud, dice Nicol. A mí también me parece que las quejas de Nicol —sobre el desconocimiento de su obra— y los reparos a sus ilustres paisanos, son testimonios de amor fiel y de salud. Ocupa, en la filosofía hispánica, un lugar señero. No le falta escuela y estilo. Las páginas de su último libro nos mueven al diálogo y a la meditación en soledad. Con *El problema de la filosofía hispánica*, Eduardo Nicol ha prestado sin duda un importante servicio a la cultura filológica de lengua española.

AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE

*Giovanni Pico della Mirandola. Ein Beitrag zur philosophischen Theologie des italienischen Humanismus*, por Engelbert Monnerjahn, Franz Steiner Verlag G. m. B. H., Wiesbaden, 1960, 236 págs.

Pico della Mirandola fue el sol del Renacimiento. Si el celestial símil platónico de lo bueno, lo verdadero y lo bello tiene algún significado, habrá que buscarlo en la presencia de Pico: el alma bella, la persona magnífica, el elocuente articulador del bien, el armonizador del mundo de Dios. Los hombres, para él, eran ángeles, y él era el primer exponente de lo que creía. Divinizó la profundidad y el dolor de la Creación, y tuvo conciencia de las obras del diablo y las obras de Dios. Abarcó toda la Creación. De haber vivido más, habría llegado a ser otro Leonardo —un

Leonardo del espíritu. Apareció como superestrella en el celestial horizonte de la filosofía, y se extinguió como una nova. Pero su brillo irradia a través de las edades.

Pico hizo al hombre consciente de sí mismo. Pecador caído, animal entre otros animales que apenas se distingue de ellos por su "racionalidad", súbdito de la Iglesia y de los príncipes, de la teología y de la ideología, el hombre emerge, a sus ojos, como centro del universo, favorito de Dios, orgulloso creador de sí mismo, destructor de sistemas lo mismo teológicos que políticos. Pico fue el predecesor espiritual no sólo de Lutero y de los enciclopedistas franceses, sino, más allá de éstos, de los modernos existencialistas. Es la vertiente que divide al medievo de la época moderna.

La grandeza de Pico y el esplendor de su personalidad impresionan al lector del libro, a despecho de la presentación un tanto pedestre que el autor hace. Pero como esta presentación nos brinda una imagen bastante completa de su obra, es él quien habla en esas páginas y hace sentir su presencia. La obra constituye así una bienvenida adición a la relativamente escasa literatura que sobre él existe.

El volumen se compone de una introducción, "Pico della Mirandola y la situación religioso-espiritual de su época", y de cuatro partes. La primera, cuyo título es "La antropología de Pico", consta de siete capítulos, sobre el hombre como "vinculum et nodus mundi"; la libertad del hombre; Dios como meta del hombre; la capacidad cognoscitiva del ser humano; su visión inmediata de lo divino; la perfección de esa visión en el amor; el hombre bajo el pecado original y la redención humana. La segunda parte, "Consecuencias para la teología", está formada por cinco capítulos sobre la revelación antes de Cristo; la revelación por Cristo; la fe; la Iglesia y los sacramentos. La tercera, "Conse-

cuencias para la piedad", tiene dos capítulos, "Ideal y contenido de la piedad" y "Formas de la piedad". La cuarta parte trata de la relación entre la teología de Pico y la tradición teológica. El libro está bien presentado y su documentación es copiosa.

La introducción muestra al personaje en medio de la crisis de su época. En Italia luchaban lo nuevo, humanismo y Renacimiento, y lo viejo, la Edad Media, y esta lucha tiene en Pico su centro. Era un hijo de la época medieval, pero sólo para superarla triunfalmente en su persona. La disolución del mundo de la Edad Media es, si bien de manera casi siempre no expresada, la gran realidad negativa de que parte su pensamiento. La realidad positiva es su convicción, que corresponde a la tradición de San Anselmo y Tomás de Aquino, de la armonía y racionalidad del mundo y, por ende, de la posibilidad de su captación racional: la *fides quaerens intellectum*, de Anselmo, y el conocimiento *sub lumine naturali rationis*, de Tomás. Pico traduce la tradición racional de la Edad Media al idioma de la nueva época. La opone a las manifestaciones negativas de decadencia del medioevo: la doctrina de la doble verdad, la mecanización de la vida y la piedad religiosa, la mundanidad y resquebrajadura del papado, especialmente por el exilio en Aviñón, y la corrupción moral de los sacerdotes.

Tenía el presentimiento de que, a la larga, el hombre no puede vivir en un mundo destrozado y en desorden, y que, para poder llevar una existencia plena de sentido y digna de él, ha de tener conciencia de que vive en un mundo unitario y sano. Especialmente el mundo del espíritu no debe aparecer ante él como un enmarañado, inabarcable e indomable caos, sino como un cosmos armónico; de otra suerte no puede el hombre encontrar ninguna respuesta para las decisivas cuestiones que su existencia le plantea. La verdad tiene que ser

una, o no hay en absoluto ninguna verdad.

Por eso Pico tiene interés en presentar el mundo en que vive y le ofrece su época como una totalidad ordenada.

Tal empresa pareciale realizable porque, en su sentir, los diferentes sistemas teóricos y religiosos, el cristianismo inclusive, cuando se les considera esencialmente y en sus fundamentos últimos, en el fondo no se contradicen ni excluyen, sino que representan, pese a sus divergencias, una unidad. Pico aplica a los trabajos filosóficos y teológicos la misma pauta a cuya luz los artistas del Renacimiento crearon sus obras: la de la armonía.

Con el esbozo de una nueva imagen del orden del mundo hállase para él intrínsecamente enlazada la respuesta al problema de la esencia y el ideal conductor del hombre. Y así como está convencido de que este último no puede vivir en un mundo resquebrajado, le resulta igualmente claro que el hombre, si quiere ser verdaderamente hombre, no puede salir adelante sin una elevada y atrayente imagen conductora, que le dé normas y por la cual pueda orientarse y construir su propia vida. Y como la imagen conductora de la Edad Media había naufragado, era preciso mostrar otra, que en verdad correspondiese a su tiempo, a la época del humanismo, cuyos pensadores guías planteaban con nueva fuerza el problema del hombre a la luz de la Antigüedad y concebían y exaltaban los valores propios de éste en una forma no conocida hasta entonces por el Occidente cristiano.

Con esto queda indicada la segunda tarea que Pico se impone, y nombrado el otro tema fundamental en torno del cual giran su búsqueda y pensamiento. Lo que el hombre es, lo que debe y puede ser, constituye el asunto que trata en *Comento* (1486), en la primera parte de *Oratio* (1486) y en *Heptaplus* (1489). La dignidad y libertad del hombre son defendidas por él en su última

y más extensa obra, las *Disputationes adversus astrologos* (1492).

Frente a la escolástica tardía, dominada por la lógica y convertida en buena parte en mera empresa científica, Francesco Petrarca es el primero en señalar enfáticamente al hombre como el tópico más digno e importante de la humana reflexión. El nuevo y así enunciado programa es acogido con entusiasmo por los espíritus representativos de la Italia del siglo xv; los "studia humanitatis" (Bruni) valen también a sus ojos como la ciencia más noble. Y es Ficino quien eleva al plano filosófico las disputas de los humanistas acerca del hombre. Fundamentar en más amplias conexiones la dignidad humana y hacerlo con mayor hondura que la habitual en el *Quattrocento*, es la necesidad que también experimenta Giovanni Pico della Mirandola. Le preocupan el principio, el origen esencial, la *essentia metaphysica* de la dignidad humana. Para transmitirnoslas, vuelve en la *Oratio* al relato bíblico de la creación del mundo y del primer hombre. Quien desee captar al hombre en su ser específico, tiene que contemplarlo en el marco y sobre el trasfondo de todo el Universo creado por Dios, dentro de la "mundana scaena" en que su Creador lo ha colocado.

¿Cómo aparece el mundo a la mirada de Pico?

Reducida a una fórmula general y abstracta, su concepción del mundo es la de una *unidad de lo plural*. El concepto de la unidad multiforme, de la unidad que existe en lo diverso, que funda lo diverso y le sirve de lazo de unión, es una de las concepciones básicas que trasparecen en toda la obra de Pico y lo revelan como pensador típico de la época renacentista. Este universo unitario, viviente, dominado por el espíritu, que gira de Dios a Dios, es el trasfondo, el escenario, el campo de actividad del hombre.

El hombre está esencialmente subordinado al todo, al mundo en su totalidad

y en su unidad. Es la síntesis del Universo. En ello descansa la dignidad que le es propia. Por ello es imagen de Dios en una forma que no encontramos en ninguna otra criatura. Es el intermedio, dentro de la diversidad del mundo, de la unidad del mundo frente a Dios. El mundo no es sólo unidad, sino también separación. Se compone de un infinito de seres individuales. La corriente de la vida, que mana de Dios y atraviesa el mundo entero, divídese en los diversos grados del Universo en corrientes separadas cada vez más numerosas. Esta multiplicidad es un obstáculo a la unidad del mundo y a su retorno a la originaria unidad en Dios. Todos los seres deben ser redimidos de su aislamiento, y la multiplicidad del mundo debe ser superada para el restablecimiento de la unidad. Esta tarea de reunión y unificación, de reorientación del múltiple mundo y todas sus corrientes y tendencias hacia su propia meta, ha sido confiada al hombre. No sólo debe ser el centro del mundo, sino su intermedio y guía en la vuelta a Dios. Todo lo que hay en el mundo debe el hombre tomarlo por su cuenta y enlazarlo. La totalidad de la creación está en camino hacia él.

El hombre es capaz de su divina tarea cósmica gracias a la libertad que Dios le ha conferido. Libertad significa primeramente para Pico *indeterminación*. Dios lo orienta y dirige no tanto hacia lo que es, sino hacia lo que *no* es, y a todo lo que puede llegar a ser. El segundo elemento de la libertad humana recibe expresión en la *Oratio* merced a los giros "pro voto, pro tua sententia, pro tuo arbitrio". El hombre posee la libertad de elección. Qué ha de llegar a ser concretamente, qué dirección seguirá, se deja totalmente a su arbitrio. En la capacidad decisoria del ser humano está finalmente fundado el tercer elemento de su libertad: su fuerza creadora. Puede así convertirse en "plastés

et fictor sui ipsius", en formador y constructor de sí mismo.

La libre fuerza creadora del hombre extiéndese más allá de su propio ser al mundo todo. Si ha de llegar a ser "lazo y nudo del mundo", esto no significa otra cosa sino que debe llevar al mundo del estado en que se encuentra después de la creación divina, a otro más perfecto, hasta la unidad con su origen. En esta libertad creadora consiste para Pico la semejanza del hombre con Dios.

Formarse a sí mismo y perfeccionar al mundo: son éstas las dos grandes tareas del hombre libre. El propio yo y el mundo todo han sido entregados a su responsabilidad como posibilidades inacabadas y materia de su acción creativa. Por mucho que con ello se halle inserto en el mundo y éste le pertenezca como ámbito de su actuación y desenvolvimiento, el hombre no está profundamente naturalizado en el mundo. Como ser mundanal y sujeto al devenir es un ser en tránsito desde un punto de partida hasta una meta. El verdadero, primero y último "lugar" del hombre y el mundo es Dios.

Dios está más allá del mundo y no puede por ello ser conocido con la razón mundanal. Pero ello en modo alguno significa que toda razón sea incapaz de conocerlo. Por una parte es la totalidad de todos los puntos de vista; por otra, objeto de un conocimiento peculiar.

Para captar en cierta medida la realidad de Dios, es necesario adoptar el mayor número posible de posiciones y ángulos visuales. Dios es tan grande, que no es posible conocerlo adecuadamente desde un solo mirador. Pico reconoce a todas las manifestaciones hechas por los grandes espíritus dentro de los diversos sistemas filosóficos y religiosos, un contenido de verdad. Especialmente el cap. v de *De ente et uno* (1491) trata de demostrar el inefable carácter de la razón mundanal acerca de Dios. En ese capítulo discute cuán insuficientes

resultan, relativamente a Él, conceptos como "intellectus, vita, bonitas, ens". A la "via affirmationis, negationis et eminentiae" desenvuelta por la escolástica, especialmente por Tomás; al cambio de la "analogía entis", que lleva a estos conceptos, Pico sólo les concede una fuerza conclusiva limitada. Son artificios de la razón mundanal, que no pueden llegar a Dios. Para llegar a Él hace falta una razón semejante a la divina, que no separa, sino unifica.

Toda limitación, especialización y división, como las que necesariamente se encuentran en las criaturas, deben rechazarse relativamente a Dios. Dios es en tal medida para Pico diverso del mundo, que ni siquiera se atreve a añadirle el predicado "ens". En su obra *Comento* dice que los platónicos opinan "che Dio non est ens, ma è causa omnium entium". Hasta qué punto, durante su vida, se identificó con esta opinión, desprende del *De ente et uno*, donde asevera que "ens" designa en primer término algo "concreto", es decir, algo que está compuesto de partes ("concretum" = lo que crece junto), y que no existe por sí mismo, sino por otra cosa. Luego en el caso de una así concebida suposición del término "ens", tal término no puede aplicarse a Dios.

Pero de ello no debe colegirse que Dios sea sólo para Pico una idea abstracta y no un ente real concreto, una potencia vacía y no un existente real. Para no interpretarlo mal en este punto hay que advertir con cuidadosa precisión en qué sentido usa los términos "concretum" y "abstractum". En contraposición a "concretum... quod non a se, sed alterius beneficio tale est", "abstractum" significa "id... quod a se tale est, non ab alio". Un "abstractum" es aquello por lo cual un "concretum" existe como tal: "Sic lucens (= concretum) luce (= abstractum) lucet, candidum candore candidum est et homo humanitate homo est" —concepción de la existencia que recuerda la de Anselmo en *De veritate*,

y también la de Hegel. Y como Dios es aquel "qui solus a se est, et a quo solo. . . ad esse omnia processerunt", cae bajo los "abstracta", expresión que, como Pico dice a Antonio en una carta, de ningún modo indica una carencia de ser, sino, por el contrario, la *plenitud máxima* de éste, la eminencia y descolamiento de Dios sobre todo ser limitado y compuesto, la "totius esse plenitudo", el "ipsum esse, quod a se et ex se est et cuius participatione omnia sunt".

Este Dios no es sólo la "unitas" y el "unum", el "ipsum esse" y la "plenitudo totius esse", sino una persona —el Padre. La "causa omnium entium" del *Comento* es el "padre", "il primo padre Iddio". Es el padre de Adán en la *Oratio*, sin cuya paternidad el hombre no tendría libertad ninguna, sino que quedaría sujeto al mero acaso, al *Fatum*.

Si resumimos los desarrollos de Pico acerca de Dios, el resultado es el siguiente:

a) La esencia de Dios no puede ser mental y conceptualmente captada por el hombre, ni expresada por el lenguaje humano.

b) Pese a ello, Pico trata de escudriñarla en diversas formas. Recomienda, como el mejor camino, la elevación del pensamiento discursivo racional y conceptual al plano de la intuición mística.

c) El en su esencia oculto Dios se ha revelado a sí mismo en la Creación. El todo está impregnado de Dios y de su influjo. Dios es de tal modo inmanente al mundo, que en diversos pasajes Pico se cree autorizado para decir que el mundo es en Dios. El concepto de éste que ante todo deriva de la contemplación de las cosas mundanas es la "unitas".

d) El Dios inmanente al mundo es, a la vez, del todo trascendente, y existe en sí y por sí. Es libre, es persona, es el Dios tripersonal de la Revelación cristiana, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El hombre tiene hasta ahora, en la argumentación de Pico, dos maneras de conocer, la lógico-discursiva racional y la místico-intuitiva. La segunda es la más alta, y sólo ella conduce a Dios, tal como existe en la soledad y reconditez de su ser esencial. A estas dos formas de conocimiento añade Pico una tercera: la sensible, lo que indica que el hombre dispone de tres maneras de conocer: la sensible, la racional y la intuitiva o intelectual. A ellas corresponden tres potencias cognitivas: *sensus, ratio e intellectus* (intuición).

La diferencia entre el conocimiento racional y el intelectual (intuitivo) descansa fundamentalmente en que el primero tiene que servirse del instrumento de los sentidos. El medio o instrumento del segundo es una luz que fluye inmediatamente de Dios. De esta iluminación Pico della Mirandola hace partícipe al hombre, "al ángel sobre la tierra". Supuesto de tal iluminación, como en el caso de los ángeles, es la autovisión.

En el concepto de la autovisión, del autoconocimiento intuitivo del hombre, hallamos otro pensamiento central de Pico, que lo separa de la precedente Edad Media. Bajo el rayo de la divina iluminación el alma deviene, como intelecto, consciente de sí misma. El volverse consciente es un acto propio, posibilitado por la iluminación, pero que no se da sin más con ella. El hombre debe establecer dicho acto por sí mismo. Pico enfatiza una y otra vez la indispensabilidad del autoconocimiento. Quien no se concibe a sí propio —dice— y corre los peligros que trae consigo el no tomar en cuenta ese conocimiento, por principio de cuentas no se posee a sí mismo, ni está en sí. Pero quien no sabe quién es en sí mismo, ni qué dones Dios le ha ofrecido, no debe tener la osadía de aplicarse al conocimiento del mundo exterior. Por ello, en segundo lugar, quien se ignora a sí mismo ciérrase el camino hacia Dios, que es su padre, origen y meta.

Esta meta la alcanza el hombre por una cada vez mayor claridad de espíritu, por una cada vez mayor transparencia de sí mismo ante sí mismo. Lo que le cierra el camino a la meta es la falta de claridad, la confusión y opacidad de su espíritu, que lo deja hundirse, sin posibilidad de salida, en la multiformidad del mundo. Este hundirse en el mundo de los sentidos es para Pico un *pecado*, y rebaja al hombre hasta el animal. Lo enajena de sí mismo y de la definición de sí mismo.

Pico define al hombre esencialmente como espíritu. El hombre es, por principio, "ángel". Su meta es llegar a ser "un espíritu con Dios". El espíritu que despliega su eficacia en el mundo de la naturaleza y en el orden espiritual y religioso, procede de Dios. En el caso del hombre la presencia y acción del espíritu divino significa que el ser humano es iluminado por Dios, con lo cual resulta provisto del intelecto y, por tanto, de la capacidad de visión intuitiva de la divinidad. Al lado de la libertad, la intelectualidad (intuición) es la gran prerrogativa del hombre. La capacidad de conocimiento intelectual hace fundamentalmente posible al hombre espiritual penetrar, más allá de la simple fe, en los misterios de la revelación.

El intelecto y su saber desempeñan un importante papel en la vida virtuosa y devota, tanto que la sabiduría ocupa en amplia medida el lugar de los sacramentos.

Sabiduría y piedad religiosa culminan en la mística. El hombre deviene en su ser más íntimo y su extrema cúspide en el amor, uno con Dios "de manera inefable". Y como la mística unificación corresponde por naturaleza al hombre dotado de la visión intuitiva, y filosofía de la naturaleza, magia y contemplación de lo bello conducen a ella, Pico no conoce un organismo de la gracia fundado por el Dios redentor sobre la humana naturaleza. En las relaciones entre Dios y el hombre sólo hay para Pico

un "ordo", el por Cristo restablecido "ordo naturalis".

La inmediatez a Dios caracteriza la posición del hombre en y frente al mundo. Las únicas realidades importantes son Dios y el hombre. El mundo no es sino el escenario en que éste actúa, la materia a que da forma. El hombre determina lo que con el mundo ocurre, pero de ningún modo puede el mundo actuar de manera formativa y determinante sobre el hombre.

Cristo posee para Pico el carácter de un intermediario entre Dios y los hombres. Tal intermediación era necesaria, si es que el ser pecador había de alcanzar de nuevo la a él reservada inmediatez a Dios. Fuera de tal mediación, el ser humano no ha menester ni de otras funciones de intermediación ni de otro mediador. Pico pone en duda la absoluta norma de la Iglesia, no tanto por su abierto conflicto con ella, cuanto por la índole de su propio pensamiento. Preconiza un modo de pensar que lleve más allá de la autoridad eclesiástica. El hombre que él anunciaba era un hombre religioso, un cristiano, pero no un hombre de iglesia. Pico representaba un cristianismo a-dogmático, a-sacramental, o, mejor dicho: *la existencia del hombre mismo y su percepción de la divina armonía eran para él el sacramento vivido*. Convirtió al Universo en iglesia, y a la vida humana en devoción.

ROBERT S. HARTMAN

*Filosofía analítica, norme e valori*, por Uberto ScarPELLI, Edizioni di Comunità, Milano, 1962.

Este pequeño libro, o ensayo largo, no pretende ser un trabajo estrictamente técnico sobre las normas y los valores; su intención tampoco es la de historiar, con detalle, ese complejo movimiento filosófico que se conoce con el nombre genérico de Filosofía Analítica. El pro-